



Vicente Blasco Ibáñez 1. El hombre que vivió y escribió



NOTA IMPORTANTE: Esta entrega estaba ya prevista hace días. Mas en medio de esto ha ocurrido un hecho que ha sobrecogido a todas y todos: la terrible catástrofe ocurrida sobre todo en la Comunidad Valenciana, pero también en otras zonas de Castilla La Mancha. A la pérdida de hogares, industrias, infraestructuras y casi todo, todo lo que existía, hay que sumar, con mayúsculas, la de seres humanos. Cifra que está por valorar

con razonable certeza, pero que será enorme e inexplicable en una sociedad como la nuestra. En una situación así, resulta pues pertinente la referencia a la vida y obra de personajes como Blasco Ibáñez comprometidos con la sociedad en la que vivieron, como fue la de Ramón Acín y muchas otras personas que remaron por hacer un mundo más justo y mejor.

Yo soy un hombre que vive, y además, cuando le queda tiempo para ello, escribe. Eso dice de sí mismo Vicente Blasco Ibáñez al gran filólogo, he-lenista y defensor y promotor de la literatura española, el zaragozano Julio Cejador Frauca que vivió entre los siglos XIX y XX (Zaragoza 1864—Madrid 1927)

Y la vida del Blasco Ibáñez no contradice esas palabras que inician esta entrega dedicada a un escritor universal, político republicano, masón, primer autor español de best sellers que triunfó sobre todo en Estados Unidos y llegó a convertir su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, sobre la I Guerra Mundial, en una triunfadora producción cinematográfica del Hollywood casi recién nacido, y cuya trayectoria vital os invitamos a leer en estas páginas que tendrán una segunda parte con la próxima entrega.

Biografía de Vicente Blasco Ibáñez-CVC

Por Ana L. Baquero Escudero (Universidad de Murcia). Centro Virtual Cervantes

https://www.cervantesvirtual.com/portales/vicente_blasco_ibanez/autor_biografia/



Blasco Ibáñez por Antoni Fillo Granell, 1900

líneas generales, puede decirse que se prolongaron durante toda su vida. No en balde en la famosa carta que escribiera a Cejador fechada en 1918, Blasco atenuaba la influencia zolesca para resaltar y encarecer, por el contrario, la de Víctor Hugo.

Su íntimo contacto con la realidad valenciana no se limitó, por lo demás, a la gran urbe de la capital. También la huerta y en general el paisaje de su región dejarán en él una profunda huella. Recuérdense, por ejemplo, esas salidas con su madre a la huerta para llevar a su hermana Pilar a quien criaba una nodriza de allí, en donde el autor se sentiría hondamente impresionado por el espectáculo de unos campos desolados en los que se desmoronaba una barraca en ruinas, o el contacto con la vega valenciana que le proporcionó la compra de sus padres, en 1880, de un trozo de campo en Burjasot. Precisamente allí escribiría su primera novela titulada *Carmen*, quizá basada en unos precoces amores de su infancia.

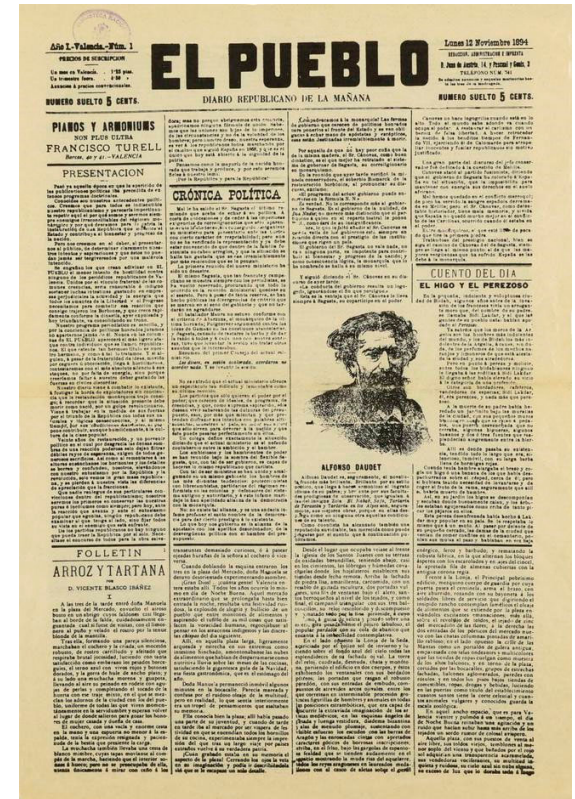
Nacido en Valencia (29 de enero de 1867) sus padres sin embargo procedían de Aragón, circunstancia esta -la de las gentes aragonesas a la búsqueda de una vida mejor en las tierras valencianas- que aparecerá reflejada en su obra novelesca, quizás el caso más evidente el de *Arroz y tartana*. Criado dentro de ese ambiente del comercio valenciano al que estuvo ligada su familia, desde niño el autor vivió en medio de una tensa situación política. Y si bien no pudo obviamente vivir lo que supuso la revolución del 68 o la sublevación de los republicanos federales en Valencia al año siguiente, sin embargo en los años de 1871 -llegada de Amadeo I-, y especialmente de 1873 -proclamación de la República-, el todavía aún niño Blasco Ibáñez empezaría a empaparse del intenso ambiente político que rodearía prácticamente toda su vida.

Al encontrarse ligado por circunstancias personales al famoso editor Cabrerizo, el joven Blasco pronto empezaría a dar indicios de su temprana vocación literaria, al convertirse en ávido lector de libros entre los que destacaron especialmente, los de los autores románticos - Manzoni, Lamartine...-. Unos primeros contactos con el mundo de las letras que marcarían, sin duda, sus comienzos como escritor y que, en



Si la política y la literatura rodearon la vida de Blasco desde su más tierna juventud, también pronto se manifestará otra de sus grandes pasiones: su relación con el mundo de la prensa. Como sus primeras tentativas en dicho ámbito habrá que recordar el semanario *El Miguelete*, cuyo título sería sustituido por *El Turia*, revista de muy corta vida que aparecería en 1883 pero que abre camino, sin duda, a futuros proyectos periodísticos cuya realización más lograda sería *El Pueblo*. Precisamente en este mismo año se produce, la tan comentada por los biógrafos, escapada a Madrid, en donde entrará en contacto con uno de los folletinistas del momento que mayor popularidad obtuvo, y al que encuentra en situación de franca decadencia. Con Fernández y González permanecería un tiempo, colaborando incluso con él en la redacción de sus novelas, hasta que la intervención materna acabe con tal situación forzando al joven Blasco a regresar a Valencia. Allí seguirá la carrera de abogado iniciada en 1882 y entrará en el Partido Federal, desencadenándose a partir de entonces una larga cadena de manifestaciones públicas, rebeldías y persecuciones que lo condujeron en muchas ocasiones a prisión -unas treinta veces según testimonio del propio Blasco-. Precisamente su combatividad lo llevó a tener que huir en varias ocasiones de Valencia para evitar ser apresado. La manifestación, así, en contra de Cánovas, hizo que el autor tuviera que escapar en barca a Argel para pasar después a París. Desde allí Blasco enviaría a *El Correo de Valencia* sus crónicas periodísticas. Un género al que sería fiel el autor a lo largo de su vida, de manera que sus constantes viajes se vieron siempre acompañados de las consecuentes crónicas reunidas posteriormente en volumen. También en París comenzará a escribir la *Historia de la revolución española*, obra que refleja su interés por la Historia; una afición que también adquirirá plasmación literaria en su sostenido cultivo de la novela histórica. Si bien su relación con la realidad francesa supondrá un hito decisivo en su vida, sin embargo en estos momentos el escritor todavía continuaría vinculado a su tierra natal. Acogiéndose a una amnistía regresa a Valencia para casarse el 18 de noviembre de 1891 con doña María Blasco del Cacho, matrimonio del cual nacerían Mario, Libertad, Julio César y Sigfrido.

Sin duda, esta época de la biografía del novelista se caracterizará por su intensa actividad en ámbitos bien diferentes. Una constante presente, por lo demás, a lo largo de toda su existencia pero que en estos años adquiere unos relieves particulares, por tratarse de los inicios que constituirán las bases esenciales sobre las que desarrollará sus experiencias posteriores. Años difíciles de penuria y estrecheces que evocaría Blasco con singular emoción, desde una acomodada y bien diferente situación personal, muchos años después. En ese amplísimo abanico de frentes abarcado por el autor, encontramos de un lado su intensa y nunca interrumpida actividad periodística, con la publicación tanto de las mencionadas crónicas de viajes, como de cuentos y novelas o artículos sobre cuestiones nacionales en los que hallamos a un Blasco siempre contundente en la defensa de sus principios. Géneros que marcarán la producción literaria de este escritor, quien abandonó la idea de escribir obras dramáticas tras la mala acogida de la única que llegó a estrenar. Lejos, no obstante, de contentarse con publicar sus colaboraciones en periódicos tanto del ámbito valenciano como nacional, el autor aspirará a la creación de su propio periódico, de forma que en principio dirigirá *La Bandera Federal* para fundar posteriormente, en 1894, *El Pueblo*. Un periódico de gran transcendencia y repercusión tanto en la vida literaria como política valenciana, y que sería objeto continuo de denuncias e incluso de transitoria suspensión.



Primer ejemplar de *El Pueblo*. Valencia 1894



Historia de la Revolución Francesa, Jules Michelet. 3 tomos. Ed Sempere, Valencia 1898

cimientos que marcaron el final de siglo de nuestra historia nacional. La sublevación de Cuba que provocaría el inmediato envío de tropas, fue motivo de violentas acusaciones por su parte respecto a esta última situación -y cabría recordar al respecto, la crudeza de un artículo como «El rebaño gris», en el que denunciaba la situación de injusto envío de los hijos de los pobres-, y su intervención en una manifestación declarada ilegal contra Estados Unidos, desencadenaría un Consejo de guerra que lo enviaría a prisión. Precisamente para huir en un primer momento de tal arresto, el escritor se refugió en una barraca de Almacera para esconderse después en un despacho de vinos propiedad de un joven republicano. En aquel lugar, como recordaría Blasco, escribió un cuento titulado «Venganza moruna» que dejaría olvidado y que al serle devuelto tiempo atrás, constituiría el germen de *La barraca*. Embarcado clandestinamente huirá a Italia, experiencia que de nuevo daría lugar a un nutrido grupo de crónicas sobre aquel país que envía a *El Pueblo*, y que agruparía posteriormente bajo el título *En el país del arte*.

Sus contactos, por otro lado, con la vida política, lo llevan a vivir muy de cerca las tensiones surgidas en el seno de los republicanos. Son años de intenso compromiso que lo impulsan finalmente a presentarse como diputado por Valencia, elecciones que gana con toda claridad y que consiguen para él la inmunidad parlamentaria. Sus escritos y su siempre combativa actitud seguirán siendo, con todo, objeto de denuncias, y el autor continuará viéndose envuelto en duelos y comprometidas situaciones. Aunque, sin duda, el período álgido de su vida política llegaría años después, en esos violentos enfrentamientos con quien en un principio fuera amigo y aliado, Rodrigo Soriano.

Junto al Blasco interesado siempre por el mundo de la prensa periódica, encontraremos ya en esta etapa inicial valenciana, al Blasco dedicado también a los proyectos editoriales de manera que se asoció en un primer momento con Senent -con quien fundó la editorial *La Propaganda Democrática*-, y posteriormente con Sempere. No deja de resultar significativo que la primera obra que edita con este último sea la *Historia de la Revolución Francesa* de Michelet, traducida por el propio Blasco -una faceta esta, la de traductor, que destaca como una más en la multiforme y desbordante personalidad del autor valenciano-. En toda su vida Blasco mantuvo un permanente contacto con el mundo de la impresión y de la edición, siendo quizá, una de las consecuencias más relevantes de tal interés, la constitución de la Editorial Prometeo en 1914.

Si intensa resulta, por consiguiente, su vida en los ámbitos mencionados, mucho más lo será en lo concerniente a la política. Su actitud comprometida con la situación nacional no sólo se percibe con evidencia en sus manifestaciones escritas a través de la prensa, sino en sus ardorosas intervenciones públicas, ya fuera contra los estamentos religiosos -y recuérdese tan sólo la denuncia contra la opulencia de la iglesia reflejada en ese gran lienzo que se colocó en la redacción de *La Bandera Federal*, con ocasión de la entrada del nuevo arzobispo en Valencia en 1892-, o contra la marcha de los desastrosos acontecimientos



Si nos referimos ya a la faceta exclusivamente literaria desarrollada por Blasco en esta etapa inicial vinculada esencialmente a sus orígenes patrios, debemos nuevamente recordar sus primeras incursiones tanto en el ámbito del relato corto como de la novela, dentro de la más pura tendencia romántica. Como botón de muestra baste recordar su colección de cuentos *Fantasías* (1887) -con títulos de por sí tan relevantes de su tonalidad literaria, como «El castillo de la Peña Roja» o «La espada del templario»-, o esas novelas históricas como *El conde Garci-Fernández* y *¡Por la Patria!* -esta última dentro de la especie del episodio nacional-, que muestran el temprano interés del escritor por la narrativa histórica que mantendrá con posterioridad, para cerrar incluso su producción novelesca. Y junto a las mismas, esos voluminosos folletines, *La araña negra*, *¡Viva la República!*, *Los fanáticos*, en los que la influencia de modelos franceses como Sue y, claro está, Hugo, resulta evidente -por no mencionar la del tan próximo Fernández y González-. Si las dos primeras verían la luz entre 1892 y 1894, la tercera aparecerá en 1895 -Smith señala, no obstante, que apareció como cuadernos por entregas en un periódico, posiblemente entre 1893 y 1894-, compartiendo pues, cronología con el inicio de su ciclo de novelas valencianas. Aun cuando el escritor repudió esta producción juvenil, sin embargo en vida del mismo estas obras volvieron a ser editadas circunstancia que ocasionó un serio disgusto a Blasco. Como en líneas generales se lo produciría el habitual descubrimiento de la existencia de ediciones no autorizadas de sus obras.

Muy distintas a estas primeras obras serán las que empezará a publicar en el folletín de su periódico *El Pueblo*. Una publicación en la que no sólo lo político, sino también lo literario e incluso la crítica musical tuvieron cabida. Como sus biógrafos comentan parece ciertamente curiosa a aquél que se aproxima a las páginas de dicho periódico, esa singular fusión de contenidos de índole tan variada, destinados además preferentemente a un tipo de lector -la clase trabajadora-, en principio podría pensarse poco acorde con el perfil intelectual que se desprende de la línea editorial seguida. Considerando, no obstante, la auténtica preocupación que Blasco mantuvo acerca de la necesidad de educar al pueblo y que lo impulsó a la puesta en marcha de ese préstamo popular de su propia biblioteca -lo que supuso, en definitiva, su deterioro y práctica extinción-, hasta proyectos posteriores de más amplio calado como la creación de una Universidad Popular, puede entenderse la singularidad y naturaleza de tal publicación. En el folletín de *El Pueblo* fueron apareciendo así algunas de las novelas que constituirán el ciclo valenciano -*Arroz y tartana*, *Flor de Mayo*, *La barraca*-, de cuya ajetreada y difícil gestación sus biógrafos conservan interesantes testimonios. Si *Arroz y tartana* refleja el ambiente del comercio valenciano que conoció tan de cerca el autor, *Flor de Mayo* es la novela de los pescadores. Para documentarse acerca de ella el autor solía acudir a la playa de la Malvarrosa, lugar en donde coincidiría con el pintor Sorolla al que lo atarían fuertes vínculos desde entonces, y en donde construiría con posterioridad una casa en la que llegaría a residir y escribir diversas obras. Un lugar que, de alguna forma, debía ser una especie de trasunto del *Médan* de Zola, convertido por aquellos años en auténtico ídolo literario para el autor -y a quien llegaría a conocer personalmente en París-.

Pero será la tercera de las novelas valencianas que publica, *La barraca*, la que llegaría a consagrarlo como gran escritor del momento. Una obra en la que el autor se hizo eco de unos hechos históricos acontecidos años antes en la huerta valenciana y que como se indicó más arriba, le impresionaron hondamente. Tras ésta llegarían *Entre naranjos*, *Sónnica la cortesana* y *Cañas y barro*. Si para escribir esta última el escritor se desplazó a la zona de la Albufera, de manera que su escenario, como en *La barraca*, es el del mundo rural, con *Sónnica* el escritor resucitó un antiguo episodio del Sagunto asediado por los cartagineses, que suponía una nueva incursión del autor en el relato histórico, en esta ocasión en la variante de la denominada novela arqueológica.



Arroz y tartana. Ed. Prometeo, Valencia 1904



Aparecida *Cañas y barro* en diciembre de 1902, será el 4 de febrero de 1903 cuando la publicación en el mismo periódico de Blasco de un violento artículo en su contra, de su antiguo aliado Rodrigo Soriano, imprima un viraje decisivo en la vida del autor. Durante esta época en que Blasco vivió entre Madrid y Valencia, esta última llegaría a convertirse en un auténtico campo de batalla en donde se enfrentarían los partidarios de los dos contrincantes. Una lucha que alcanzó insólitos extremos de virulencia y que acabaría por hacer que el escritor fuera distanciándose progresivamente del terreno de la política. En sus últimos años como político activo llegó incluso a renunciar a su acta de diputado, aun cuando después volviera a ser elegido por sexta vez. Su cansancio tras tanta tensión y violencia acumulada lo hace retirarse del terreno político y lo que es aún más relevante, abandonar Valencia, para residir de forma definitiva en Madrid.

Si como se señaló, a raíz del enfrentamiento con Soriano se abre una nueva etapa en la existencia de Blasco, podría decirse algo similar respecto al desarrollo de su trayectoria novelesca. Abandonando el proyecto de seguir con el ciclo de novelas valencianas, la próxima que publica, *La catedral*, presenta rasgos muy distintos. Con razón, el propio autor hablaría, a partir de dicha obra, de una segunda época en su evolución novelesca caracterizada por la tendencia social. Unas novelas que se alejan ya del espacio natal para abarcar otras geografías distintas, dentro todavía, de la española. El inicio de esta nueva etapa novelesca de Blasco coincide, por consiguiente, con esa época caracterizada por la combatividad y exaltación de sus principios contra las acusaciones de sus detractores políticos. Tras *La catedral* (1903), aparecerán *El intruso* (1904) -la última que escribe en la Malvarrosa-, *La bodega* (1905) y *La horda* (1905). Cuatro novelas ambientadas en cuatro escenarios distintos: Toledo, Bilbao, Jerez de la Frontera y Madrid, y en las que el escritor denuncia los males que aquejan a la nación.

En esta nueva etapa de su vida, instalado ya en Madrid, el escritor conocerá a una dama chilena, doña Elena Ortúzar esposa de un agregado comercial de la embajada de Chile. Una mujer que marcará de forma decisiva su vida y a quien visitaría constantemente en París, adonde ésta se desplazará con su esposo. Precisamente en la mencionada carta a Cejador y pese a la discreción con que se refiere a ello, Blasco establece una línea de separación entre esas novelas sociales y las tres que escribiría a continuación, que suponen, sin duda, una nueva inflexión en su evolución literaria. Escribe a Cejador: «Por aventuras particulares de mi vida viví entonces temporadas cortas y numerosas en París. Me iba de Madrid a París como el que toma el tranvía. Y a este continuo cambio de ambiente mental atribuyo estas tres novelas, que empezaron a marcar en su factura la novela tal como la hago actualmente». Las novelas a las que se refiere son *La maja desnuda* (1906), *Sangre y arena* (1908) y *Los muertos mandan* (1909). Que éstas ofrecen una faz muy diferente de las novelas de tendencia es algo en lo que la crítica coincide unánimemente. Frente al compromiso y denuncia social de aquéllas, ahora el escritor concentra su interés en el estudio de la interioridad de sus personajes, por lo que no resulta extraño que se haya podido hablar respecto a las mismas, de *novelas psicológicas*. Unas novelas vinculadas además por la constante temática amorosa que se alza ahora como el eje primordial en torno al que se construye el relato.



Blasco Ibáñez a dcha, Mariano Benlliure y Sorolla-1905



Si en las mismas cabe, pues, percibir ese nuevo vuelco en la existencia de Blasco, consecuencia de sus intensas relaciones amorosas con Elena Ortúzar, es precisamente esta misma circunstancia la que explica la escritura de una nueva novela que el escritor concibió tras *Sangre y arena* y antes de *Los muertos mandan*. Se trata de *La voluntad de vivir* escrita en 1908 y que supone, sin duda, uno de los casos más singulares en la historia literaria, por las circunstancias que la rodearon. Concebida en un momento de crisis de dicha relación, la obra aparecía claramente como una novela de clave en la que el autor había reflejado con toda evidencia realidades de su entorno más inmediato. Leída la misma por un íntimo amigo, Luis Morote, y advertido por éste del escándalo que sin duda habría de provocar, Blasco ordenaría finalmente la destrucción de los doce mil ejemplares ya impresos. Un episodio, por consiguiente, realmente llamativo dentro de la historia de la literatura y en torno al cual sus biógrafos han expuesto diversas interpretaciones.

Hombre de acción caracterizado por su permanente deseo de movilidad, el escritor que había emprendido ya en el verano de 1907 un viaje por Europa hasta Turquía y fruto del cual sería su libro *Oriente*, iniciará en 1909 un viaje

todavía más importante rumbo a Argentina. Contratado para dar una serie de conferencias junto a Anatole France, el escritor sería acogido tanto en Lisboa, de donde sale su barco, como en Buenos Aires, de forma apoteósica, desarrollando allí una serie de conferencias sobre muy diversos temas, si bien destacan especialmente las de temática vinculada al ámbito español -«Las grandes figuras del descubrimiento», «Cervantes»...-. Su fascinación por estas tierras -y por las de Chile que también visitará-, hará que no sólo les dedique un libro titulado *Argentina y sus grandezas*, sino que regrese a España con ambiciosos planes relativos a su pronta vuelta a aquél país. Surge así en Blasco el deseo de convertirse él mismo en colonizador, de manera que a su regreso a Argentina y tras los pertinentes permisos, fundará en geografías muy diferentes y alejadas una de otra, *Cervantes* y *Nueva Valencia*. Es este, sin duda, uno de los períodos de la vida de Blasco en el que el carácter aventurero del mismo se pone más de manifiesto, ya que tuvo que adaptarse a unas formas de vida en aquellas tierras completamente ajenas que nada tenían que ver con la de las grandes capitales a que estaba acostumbrado. Si bien superó revueltas y situaciones de tremenda tensión como la que hizo temer incluso por su vida, al contraer unas peligrosas fiebres, sin embargo todos sus empeños y esfuerzos se vieron condenados finalmente al fracaso. En 1914 abandonará pues, definitivamente, Argentina y regresará a París.

Fruto de su contacto con el Nuevo Mundo sería también un nuevo proyecto en este caso exclusivamente literario, que debía dar lugar a un nuevo ciclo novelesco. En una entrevista publicada en un periódico de Buenos Aires de 1912, el escritor se refería al mismo, precisando incluso los títulos y la temática general de cada una de las novelas que lo compondrían. Un proyecto que en principio sólo tuvo como resultado *Los argonautas*, voluminoso texto que habría de servir de pórtico a las obras siguientes.





En París, sin embargo, conocerá Blasco el estallido de la Primera Guerra Mundial, circunstancia que nuevamente mediatizará su escritura literaria puesto que abandonando el proyecto hispanoamericano adopta ahora una nueva actitud combativa a favor de la causa aliada. Desde una perspectiva abiertamente francófila comenzará a publicar cuatro meses después del inicio de la conflagración, el primer número de una publicación semanal titulada *Historia de la guerra europea de 1914*, obra que llegará a alcanzar una considerable extensión -nueve tomos-. Y lo que será para él aún más relevante, publica una novela sobre la guerra, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, en la que según León Roca se translucen ecos de su propia realidad biográfica. Con ella comenzará un nuevo ciclo en su producción novelesca, en torno a la contienda bélica, constituido por tal obra que aparece en 1916, por *Mare Nostrum* (1918) y por *Los enemigos de la mujer* (1919).

Agotado por tantos esfuerzos acumulados y por su delicado estado de salud, el escritor se dirige en principio a la Costa Azul para descansar. Su espíritu viajero no obstante, lo lleva nuevamente a Italia y su necesidad de afrontar diferentes retos, lo embarcará en un nuevo proyecto: el cinematográfico, en el que afronta como una de sus mayores ilusiones una versión del propio *Don Quijote de la Mancha*. La relación de Blasco con el cine es sin duda, otro de los capítulos más fascinantes de su biografía y que lo singulariza también respecto a otros escritores del momento, intensificando aún más esa aureola de autor popular que nunca lo abandonó. En vida del autor se llevaron al cine, varias de sus obras, siendo especialmente llamativa la transcendencia de *Los cuatro jinetes*. Si cuando la novela vio la luz no obtuvo ninguna llamativa repercusión en el ambiente literario del momento, la solicitud en 1918 de una traductora norteamericana para publicarla en inglés en los Estados Unidos cambiará la vida de Blasco. El triunfo de la novela es tan arrollador que a Blasco le costaría trabajo, como señalan sus biógrafos, darse cuenta de las repercusiones de su éxito. Ante los deseos del público norteamericano por conocer de cerca al autor de la novela, Blasco sería invitado a dar una serie de conferencias por el país que incrementaron aún más su popularidad. Nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Washington, en su discurso el autor anuncia su intención de escribir toda una serie de novelas sobre Estados Unidos. Invitado asimismo a México, la gran impresión que éste le causa lo mueve de nuevo a concebir un proyecto novelesco, *El águila y la serpiente*, que no llegaría a concluir; su deplorable impresión, no obstante, de la política del país reflejada en *El militarismo mejicano*, le valió la declarada hostilidad de los mejicanos.

Tras sus viajes por el continente americano -y también Cuba fue objeto de la visita del novelista-, el escritor regresa a Europa con la idea de escribir la gran epopeya en América realizada por los conquistadores españoles, nuevo ciclo que en esta ocasión sí obtuvo plasmación literaria -si bien no en toda la extensión prevista-.



Retirado a la Costa Azul, ya en Menton en Villa Fontana Rosa, escribiría con celeridad aún mayor de la habitual *El paraíso de las mujeres*, un singular ensayo de relato fantástico, mediatizado en esa ocasión por circunstancias extraliterarias, provenientes aquí de un proyecto cinematográfico que no llegó, sin embargo, a realizarse. A estas alturas de su vida, nos encontramos, pues, a un Blasco muy lejano de ese joven emprendedor valenciano que tiene que sobrevivir dentro de un ambiente de estrecheces e incomodidad. Su popularidad está llegando a su punto álgido y su situación personal es la de un acomodado millonario a quien su fortuna, sin embargo, no le hace deponer su espíritu inquieto y emprendedor.

En 1922 aparecerá *La tierra de todos*, una novela que supone una prolongación del ciclo americano interrumpido por la guerra, pese a no ser continuación de *Los argonautas*, y al año siguiente *La reina Calafia*, novela ambientada en California. Precisamente en agosto de este mismo año ultima los preparativos de otro ambicioso proyecto: dar la vuelta al mundo. Algo que efectivamente llevará a cabo y que como era previsible en él, dio lugar a una voluminosa obra titulada *La vuelta al mundo de un novelista*. A su regreso a Francia, instaurada ya en España la Dictadura de Primo de Rivera, resurge el Blasco combativo que denuncia con violencia tal situación, pese a que ello supusiera su consciente renuncia a la Academia Española. Sus virulentos ataques asimismo hacia Alfonso XIII desencadenan toda una serie de procesos contra él y la persecución y acoso de su familia en España; su camino hacia la gloria y el reconocimiento oficial se vería, por consiguiente, truncado definitivamente.

Si en su retiro de la Costa Azul –en su magnífica villa situada en Menton- Blasco lleva una acomodada vida de escritor millonario -y su colección de rela-



Blasco Ibáñez en su jardín de la Villa Fontana Rosa

tos *Novelas de la Costa Azul*, se hace eco en su propio título de esta etapa de su vida-, no puede decirse, no obstante, que la actividad del escritor decayera pese a que su estado de salud parecía exigir una mayor tranquilidad y cuidado. Emprende así un nuevo ciclo que según su propio testimonio planeaba también hacia años, al que se refiere como novelas españolas *evocativas*, cuyo primer fruto será *El Papa del mar*, publicada en 1925. A ésta seguirá *A los pies de Venus* (1926) y póstumamente ya, *En busca del gran Kan* y *El caballero de la Virgen* (1929). Se trata en los cuatro casos de novelas históricas que, si bien presentan muy distinta configuración literaria, suponen un curioso retorno del escritor al género con el que inició su producción novelesca. Póstumamente también apareció *El fantasma de las alas de oro*, novela en la que nuevamente se reflejan experiencias vitales del autor.

Fallecido el 28 de enero de 1928 en su villa de Menton, si en Francia se le brindó una gloriosa despedida, sus restos, no obstante, permanecieron allí hasta que en 1933, ya instaurada la República en España, regresaran a Valencia en donde fueron objeto de un solemne y emotivo recibimiento. Habiendo dejado muchos proyectos sin desarrollar -y no sólo en el ámbito literario-, la vida de Vi-

cente Blasco Ibáñez no puede decirse, sin embargo, que estuviera libre en ningún momento de empresas y de un sin fin de actividades diversas, consecuencia de ese espíritu siempre inquieto y activo del escritor. No puede resultar por ello extraño que se hayan escrito tantas biografías sobre él, muchas de las cuales delatan ya en sus propios títulos la naturaleza aventurera y novelesca de éstas -*Genio y figura de Blasco Ibáñez. Agitador, aventurero y novelista, Vicente Blasco Ibáñez, sus novelas y la novela de su vida, La mejor novela de V. Blasco Ibáñez: su vida*-. Una vida, en definitiva, caracterizada por la movilidad y el incesante deseo de explorar nuevos caminos que repercutirá, en gran medida, en su propia evolución literaria. □



Blasco Ibáñez, con él llegó el 'best seller'

Miquel Alberola. El País, 16 marzo 2020

El novelista valenciano viajó hace un siglo a los Estados Unidos y causó un estruendo mediático y literario

Hace un siglo, el escritor Vicente Blasco Ibáñez desembarcó en el puerto de Nueva York. Le abría pasillo el éxito de su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, publicada en inglés en 1918, y su cartel de hombre de acción. Su irrupción en EE UU tuvo un efecto espumoso para su prestigio y su obra, que se desbordó del papel a la modernidad del celuloide, convirtiéndose en el escritor europeo de mayor impacto en ese momento al otro lado del Atlántico. El profesor Emilio Sales Dasí, cotejando su impacto en 92 cabeceras de medios estadounidenses, ha reconstruido ese periplo en el libro *Blasco Ibáñez en Norteamérica* (Publicacions de la Universitat de València).

Poco después de llegar, a finales de 1919, ya había firmado el contrato con la Metro Pictures Corporation para filmar *The Four Horsemen of the Apocalypse*, que dirigiría Rex Ingram e interpretarían Rodolfo Valentino y Alice Terry. Se estrenó el 6 de marzo de 1921 en el Lyric Theatre, a diez dólares la entrada. El escritor obtuvo de la película 190.000 dólares. De la novela, con 200 reimpressiones, se vendieron dos millones de ejemplares. Luego llegaron más novelas y más películas, como *Enemies of Women* (1923), *Circe the Enchantress* (1924) y *Blood and Sand*, *Mare Nostrum* y *The Torrent*, todas de 1926, producidas por Metro Goldwin-Mayer y con Greta Garbo en algunos de los repartos. Blasco Ibáñez surfeaba sobre la cresta de la cola del cometa.

La semilla del viaje del autor de *Cañas y barro* a EE UU se había sembrado en 1910.

El 6 de marzo de ese año, tras una exitosa gira de conferencias por Argentina, escribió a Archer Huntington, el fundador de la Hispanic Society of America, preguntándole si habría posibilidad de dar charlas en español en Nueva York sobre la España. Pero no la había. Blasco todavía no se había instalado en París, que entonces era la capital del mundo, y solo había publicado algún libro en EE UU, como *The Shadow of the Cathedral* (Dutton & Company) en 1909, con un modesto resultado de ventas.

Su pasaporte a Nueva York empezó a expedirse en 1918 con la publicación de *The Four Horsemen of the Apocalypse* (Dutton & Co.), que constituyó un fenómeno editorial desde entonces llamado *best seller*. El prestigio del autor se amplificó, aunque no sus ingresos por la desesperada venta de los derechos de traducción al inglés un año antes a Charlotte Brewster Jordan, una empleada de la Embajada de EE UU en Madrid, por la que percibió, según versiones, 300 o 1.000 dólares.



Blasco Ibáñez en Hollywood con el magnate de la Metro Marcus Loew, a su dch. 1919.



Ese mismo 1918 recibió en Niza, donde vivía, una solicitud de un catedrático de la Universidad de Columbia, Federico Onís, que dirigía una sección de libros para estudiantes de español en la colección Health & Company. Blasco inició una fecunda relación con Onís, que era miembro de la American Association of Teachers of Spanish, con varias publicaciones y la invitación de la Hispanic Society para una conferencia en la Universidad de Columbia. A ello se unió estímulo inesperado: un contrato del dueño de la agencia Pond Lecture Bureau, James B. Pond, para realizar charlas por diversos Estados en círculos académicos. Había llegado el momento.

Blasco embarcó el 18 de octubre de 1919 en la *Lorraine*, en Le Havre. Tenía 52 años. El día 27 divisó la mandíbula de Manhattan. “Era como una ciudad de gigantes”, declaró después a *The New York Times*. En el muelle le esperaba una frondosa alfombra mediática. Un numeroso grupo de periodistas ansiosos por abordar al célebre hombre de acción y autor de *The Four Horsemen of the Apocalypse*. El periódico *The Sun* había precalentado el ambiente el día anterior con una entrevista que el escritor valenciano había concedido en París en la que se resaltaban sus principales hazañas de hombre perseguido por su defensa de la libertad.



Blasco Ibáñez con el actor William Farnum. New Jersey, 1919

Los periodistas lo percibieron como un hombre corpulento, cordial, de mirada penetrante y expresividad vehemente, que transmitía vitalidad y poder. Cautivador y dinámico como un próspero importador con anillos en los dedos y broche en la corbata. Ya no sujetaba un puro entre los dedos, como en el retrato que le hizo su amigo Joaquín Sorolla, y que había expuesto la Hispanic Society, sino un cigarrillo de madera de color ámbar porque el médico se lo había prohibido.

Había llegado “míster Ibáñez” y el teléfono del hotel no dejaba de sonar para invitarle a desayunos, almuerzos, cenas y recepciones. EE UU y Blasco Ibáñez se deslumbraron mutuamente. Blasco encajaba ergonómicamente en el ideario norteamericano. Admiraba las repúblicas y detestaba las monarquías. Al contrario que algunos escritores españoles contemporáneos, había defendido la independencia de Cuba, que había sido apoyada por los Estado Unidos. Y tenía una posición frente a la Revolución bolchevique muy pertinente para los círculos en los que se movía. Después de todo, el escritor tampoco estaba por la supresión de la propiedad privada: tenía una casa en Valencia, un chalet en la playa de la Malvarrosa, otra casa en Madrid, otra en París y una villa en Menton, cerca de Niza.

Según Emilio Sales, el novelista había preparado este viaje de forma concienzuda, “fabricando un cartel de sí mismo muy proestadounidense”. “Blasco Ibáñez ve la vida en panorámica. Poco antes había publicado *Los enemigos de la mujer* (Prometeo), una novela que ponía por las nubes al presidente norteamericano, Thomas Woodrow Wilson, y al republicanismo. Hay una confluencia de intereses entre Blasco Ibáñez y EE UU. Cae en el momento justo y como un hombre preparado para seguirle el juego a EE UU y ser su propagandista”, explica el autor del libro.

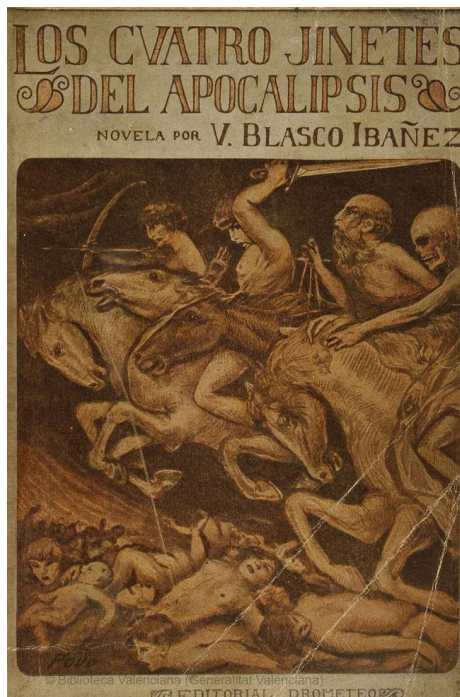
La cabalgata había empezado. La Fox Film Corporation lo invitó en noviembre de 1919 a visitar sus estudios en Fort Lee, en New Jersey, donde fue recibido con una orquesta interpretando una pieza española. La visita coincidió con el final del rodaje de *Wings of the Morning*, dirigida por J. Gordon Edwards e interpretada por William Farnum, con el que se fotografió. De regreso a Manhattan, el chófer le llevó a las oficinas centrales de la compañía, donde le esperaba William Fox para saludarle y facilitarle el contacto con la actriz Pearl White, la estrella de la compañía.



El escritor se prodigó en conferencias, banquetes y recepciones, tejiendo una red en la alta sociedad norteamericana e hispana. Participó en la campaña For Actor's Memorial organizada por el productor cinematográfico Daniel Frohman, abrió un fondo con 100 dólares para levantar un monumento a Edgar Alla Poe, un gesto muy aplaudido por la prensa, y el Rotary Club lo agasajó con un almuerzo en el hotel McAlpiny una bandera norteamericana que besó porque representaba los valores que debían identificarse en todos los países.

Siempre ayudado por un traductor, sus conferencias se extendieron por el norte a Boston y a Ottawa (Canadá). Cada dos días, explicó en una carta, visitaba una ciudad de EE UU. Hablaba en universidades, sinagogas, templos protestantes, en la escuela militar de West Point... hasta finales de 1919 le esperaban Cleveland, Chicago, Nebraska, Pittsburgh, Des Moines... Pasaría las Navidades en Nueva York y en enero seguiría su periplo por Arizona, Texas y California. En Los Ángeles acudió a los Sixty-First Street Studios, en Hollywood, donde la Metro Pictures Corporation producía la adaptación cinematográfica de *The Four Horsemen of the Apocalypse*. Su verbo se hacía pantalla. La noria a la que había subido giraba a toda velocidad y se quejaba de que no tenía tiempo ni para afeitarse.

Blasco cubrió con otra capa de mármol su prestigio el 23 de febrero de 1920, cuando recibió en Washington la distinción de Doctor Honoris Causa de la Universidad George Washington. En el acto, al que acudieron unas 4.000 personas, también fue distinguido doctor en leyes Herbert Hoover, quien unos años después sería presidente de EE UU. Blasco fue definido por el rector, William Miller Collier, como uno de los novelistas más relevantes de su tiempo. El festival culminó con una cena en el restaurante Rauscher con 200 comensales y encendidos discursos....□



Los trabajos y los días de un editor *rocambolés*: Vicente Blasco Ibáñez

Javier Lluch-Prats. CSIC-CCHS. Universidad Nacional de La Plata, Argentina. 2008. -Fragmento final-

...

Conclusiones: el modélico caso Blasco Ibáñez

Vicente Blasco Ibañez representa, como hemos mencionado al inicio, un caso de escritor-editor extraordinario, dadas las variedades combinatorias poco frecuentes entre impresor-editor-autor, ya que movió ficha a través del proceso completo de la gestación y difusión de una obra literaria. Por ello, en Blasco tales oficios se unen como en ningún otro personaje de nuestra historia contemporánea. Por consiguiente, Blasco representa el surgimiento no solo del escritor profesional que se convertiría en un fenómeno de masas, sino también del editor que llevaba dentro, figura que le proporcionó al escritor algunos de sus éxitos más sonados. En este Blasco editor se gesta y reconoce un proceso intelectual que recorre desde la selección de textos hasta su difusión y oferta a la demanda social: preparaba las colecciones que identificaban su sello editorial; mantenía un fondo propio con sus producciones; avivaba las suscripciones, la distribución en librerías, las correspondencias, la publicidad; supo cómo atender al público lector y conseguir una rentabilidad deseada, que sería no menos sorprendente y envidiada. Otros colegas suyos intentaron emanciparse, como Pérez Galdós con su editorial en la madrileña calle Hortaleza, pero la empresa galdosiana (existió de mayo de 1897 a enero de 1904), surgida tras las desavenencias con la Casa Editorial “La Guirnalda”, no llegó a consolidarse y quedó en una aventura pasajera. Así, dado que un libro es producto de un proceso de elaboración creativa y del momento histórico en que se inscribe, pero también de un proceso de producción, distribución, difusión y recepción, para entender el fenómeno de la literatura resulta muy enriquecedor indagar y analizar su devenir al compás de la historia de la edición, que lo es también del libro y de la lectura. Y cuando se tiene la figura de Blasco como objeto, pero también la obra, entonces se plantean cuestiones sumamente interesantes para su interpretación crítica desde esta óptica, por ejemplo: .de qué modo influyó su actividad como editor en su creación literaria? .Donde queda el Blasco político en una labor que le permitió editar tantos textos cargados de munición ideológica? .Como repercutieron acontecimientos como la Guerra del 14, pongamos por caso, en la creación literaria y en la tarea editorial, pues supo utilizar su escritura como denuncia pero también como medio para obtener ganancias económicas? Es entonces cuando las respuestas posibles también concitan otras y abren vías a la investigación en torno a cuántos hombres de letras también fueron hombres de acción y actuaron en frentes como el editorial, enarbolando en tantas ocasiones como bandera la divulgación de la cultura.

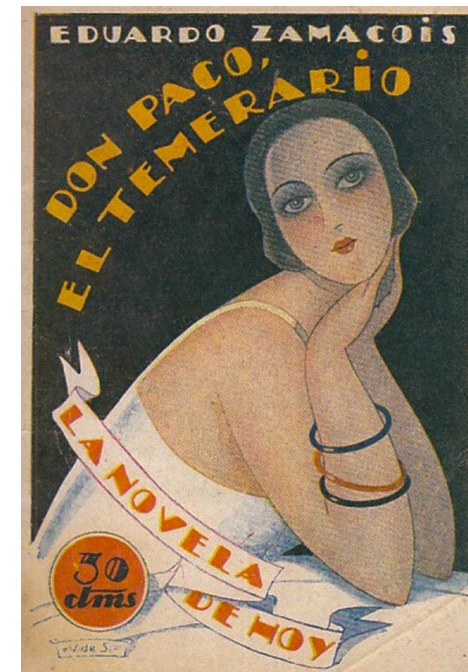
Estas páginas abren, pues, esa vía que trataremos de seguir, en perspectiva amplia, ya que todavía quedan muchas respuestas pendientes sobre la figura de Vicente Blasco Ibañez, sendas por indagar (como catálogos por reconstruir y tantas epístolas por analizar). Un Blasco que la cultura hispánica no ha valorado como se merece, a pesar de que fue un modélico protagonista de la misma. Alguien que, tal como en 1910 lo describió un admirador suyo, Eduardo Zamacois¹, fue un hombre de “hablar copioso, rudo y generosamente aderezado de interjecciones. Parece un artista (...) un conquistador (...) es uno de esos hombres excepcionales (...) cuyo aspecto saludable y optimista invita a vivir. (...) es un productor formidable”.<



A Zamacois, de Blasco le maravilla que, con los 42 años que tenía en aquel tiempo, “en la breve vida de un hombre quepan tantas ambiciones, tantos proyectos y tantas victorias”. Blasco, dice, “me parece un símbolo: el símbolo del hombre que venció a la vida y se siente bien agarrado a una tierra que domino y es suya”.

1. Eduardo Zamacois y Quintana (Pinar del Río, Cuba, 1873 — Buenos Aires, Argentina, 1971), fue un novelista español. Protagonista y testigo del problema cubano y las pujas regeneracionistas de toda una época, coetáneo del modernismo, que si estéticamente no le tentó, hubo de vivir con intensidad en sus años de redacciones y bohemias. Vivió, ¿cómo no?, en París, dirigió la revista sicalíptica más popular de su tiempo, *La Vida Galante*. Fundó un subgénero, como el que constituyeron las colecciones de novela corta, tan fundamental en la España de sus tres décadas (1907-1936) literariamente más importantes de los últimos siglos. A Zamacois no le bastó con ello sino que fue, junto a Felipe Trigo, el más influyente de los novelistas eróticos de su tiempo; conoció y visitó América, al fin su continente natal, tanto y tan bien, que muy pocos escritores españoles pueden igualarlo. Tuvo un contacto directo con el arte por antonomasia del siglo XX, el cine. Lo tuvo, igualmente, con otro de los fenómenos tan propios de la centuria como fue la radiofonía. Y, en sus últimos años en la Argentina, también con la televisión. ¿Es esto todo? Claro que no. Sus 98 años de peripecia le permitieron también asistir a la guerra y dejarnos una novela, *El asedio de Madrid*, a propósito de la misma y, después, vivir un largo destierro, con regreso. Todavía, en su exilio y con muchos años a cuestas, tuvo oportunidad de conocer y trabajar en Hollywood. [texto de Editorial Renacimiento, Sevilla]□

Portadas de ejemplares de *La novela corta* y de *la novela de hoy* editadas por Eduardo Zamacois y que fueron muy bien acogidas por las clases populares desde principios del siglo XX hasta 1936, cuando los sublevados contra la democracia lo barrieron todo.



Blasco Ibáñez y la generación del 98

FRANCISCO FUSTER GARCÍA. Cuadernos Hispanoamericanos. 1 julio 2017

Una generación es una variedad humana, en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos, que les prestan fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior. Dentro de ese marco de identidad pueden ser los individuos del más diverso temple, hasta el punto de que, habiendo de vivir los unos junto a los otros, a fuer de contemporáneos, se sienten a veces como antagonistas.

José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo* (1923)



Blasco Ibáñez hacia 1919

Desde el punto de vista estrictamente cronológico, resulta difícil negar la pertenencia de Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 29 de enero de 1867 – Menton, Francia, 28 de enero de 1928) a ese grupo de escritores e intelectuales españoles al que la historiografía ha dado en llamar generación del 98, empleando una fórmula acuñada por Azorín y fundada, de forma tan discutible como eficaz, en el poder evocador de una fecha marcada a fuego en la historia contemporánea de España. Blasco tenía tres años menos que Miguel de Unamuno, dos menos que Ángel Ganivet, uno menos que Ramón del Valle-Inclán, cinco más que Pío Baroja, seis más que Azorín, siete más que Ramiro de Maeztu y ocho más que Antonio Machado. Fue, por tanto, coetáneo de los autores citados (a la mayoría de los cuales, además, conoció personalmente) y compartió con todos ellos ese complejo periodo del pasado de nuestro país que cubre, más o menos, las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX. No obstante estos datos objetivos, lo cierto es que son escasos los manuales de historia de la literatura en los que se le considere un miembro de pleno derecho de esa generación; y en aquellos pocos en los que sí se le nombra, siempre se añade un matiz para justificar que, en puridad, la obra blasquista no forma parte del canon porque es algo distinto que conviene valorar aparte, como separado de lo que sería el núcleo duro del 98, integrado por Baroja, Azorín, Unamuno, Valle-Inclán, Maeztu y Machado.

Para entender esta especie de marginación o aislamiento, que no es en absoluto caprichoso, sino que obedece a una serie de razones, hay que remontarse hasta la época del cambio de siglo y situarnos en el momento histórico en el cual se produjo la aparición de los miembros de la generación del 98 en el «campo literario» del fin de siglo español, por usar la categoría teorizada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu. Desde esta perspectiva, lo primero que hay



que tener en cuenta es que la irrupción de esta generación de escritores coincide en el tiempo y en el espacio de la España finisecular con el periodo de máximo reconocimiento de escritores realistas ya consagrados como Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés, Juan Valera o Pedro Antonio de Alarcón; autores que lograron vivir con cierta solvencia gracias a lo generado por la venta de sus libros. Por otro lado, no hay que olvidar tampoco que muchos de estos escritores fueron jóvenes de provincias que emigraron a Madrid buscando hacerse un hueco en el mundillo literario de la capital, donde intuían mayores oportunidades. Como ha señalado José-Carlos Mainer, la conquista del público se convirtió en el asunto clave en esos primeros años del siglo durante los cuales «se ha incrementado copiosamente la nómina de pretendientes al Parnaso» (2010: 46). En ese contexto de choque generacional, las relaciones entre los aspirantes a escritores profesionales y aquellos que ya habían logrado ese objetivo no siempre fueron fáciles ni cordiales, entre otras cosas porque los más jóvenes (la autodenominada «gente nueva») consideraban a los mayores (la llamada «gente vieja») como «representantes de los odiados valores de la Restauración y les reprochan sobre todo que ocupen posiciones morales e intelectuales dominantes que se oponen (o ponen freno) al pleno reconocimiento de su talento» (Lissorgues y Salaün, 1991: 164).

Como explicó en su día Rafael Pérez de la Dehesa, el público lector de Galdós y de la novela realista, formado por las clases medias y los grupos de artesanos y obreros ilustrados, siguió leyendo a los continuadores del realismo como Blasco Ibáñez, mientras que los escritores jóvenes «pasaron a crear un tipo de obra que solo podía ser apreciado por medios de nivel cultural relativamente alto» (1969: 225-226), lo cual propició la formación de un nuevo público burgués más culto e incluso la aparición de nuevos editores que centraron su trabajo en este tipo de literatura, quizá más exigente con el lector. En términos de mercado editorial, lo cierto es que «ninguna de las primeras firmas de nuestro siglo, con la excepción de Blasco Ibáñez, logró superar, y en muchos casos ni siquiera igualar los ingresos de sus antecesores literarios» (1969: 225). Frente al fracaso que, a nivel de ventas, fueron los primeros libros publicados por Azorín, Baroja, Valle-Inclán o Unamuno, sabemos que, a la altura de 1905, Blasco Ibáñez era, después de Galdós, «el novelista que más vendía en España, alcanzando tiradas que, como hemos visto, eran superiores a los 15.000 ejemplares» (Varela, 2015: 521). Por otra parte, se da la circunstancia de que este extraordinario y prematuro éxito coincidió con el periodo en el que más frecuentó Madrid y más relación mantuvo con los intelectuales que allí se movían. Cerrado su ciclo de novelas valencianas con la publicación de *Cañas y barro* (1902), redujo su interés por la política local e inició su ciclo de novelas sociales (*La catedral*, *El intruso*, *La bodega*, *La horda*) con el inequívoco objetivo de ampliar su campo de visión y de hacerse un hueco en ese complejo campo literario de la capital, donde cualquier escritor que quisiera merecer ese título debía jugar sus cartas. Por desgracia para él, y pese a lo incontestable de su triunfo comercial, sus novelas fueron tan bien recibidas por el público como minusvaloradas por la crítica, que puso reparos a su estilo, al que juzgó de precipitado o poco elaborado, e incluso al uso de un castellano que, al estar influido por su bilingüismo, también fue tildado de incorrecto.

Como ha argumentado Peter Vickers, Blasco era un hombre de acción, con una clara vocación política, que chocaba frontalmente con el modelo de escritor de la época y que sentía un claro rechazo tanto por los modernistas, a quienes censuraba su actitud impostada e hipersensible, defensora de una concepción elitista del arte por el arte, como por los intelectuales «de tertulia» que se pasaban la vida en el café, a los que afeaba su nula predisposición a implicarse en la vida pública y en los problemas reales de la sociedad. Frente a la falta de compromiso de los modernistas y al pesimismo abúlico de los noventayochistas, Blasco ejerció como un agitador político y cultural al que ni siquiera le gustaba considerarse un escritor profesional, justo por su deseo de distanciarse de quienes sí presumían de serlo: «Yo me enorgullezco de ser un escritor lo menos literario posible; quiero decir, lo menos profesional. Aborrezco a los que hablan a todas horas de su profesión y se juntan siempre con sus colegas, y no pueden vivir sin ellos, tal vez porque sustentan su vida mordiéndoles» (León Roca, 1967:



574). En el caso concreto de su relación con el 98, la diferencia entre Blasco y los miembros canónicos de esa generación es que fueron estos los que, por distintas razones, le lanzaron ataques personales o, en el mejor de los casos, mantuvieron con él una relación cordial que, sin embargo, jamás llegó al grado de la amistad. Por su parte, y ante las distintas muestras de desconsideración que recibió de todos ellos, Blasco optó, casi siempre, por un elegante silencio: rara vez respondió a las ofensas personales y nunca entró a valorar las críticas generadas por su literatura. Por eso, más que de un enfrentamiento directo, que jamás existió, lo justo sería hablar de la imagen negativa que se desprende del repaso a las opiniones que los noventayochistas vertieron sobre la persona y la obra de Blasco.

Todos contra uno

La relación entre Ramón del Valle-Inclán y Vicente Blasco Ibáñez es paradigmática del tipo de vínculo que unió al escritor valenciano con quienes componían la generación de la que, en teoría, él mismo formaba parte. Como ha argumentado Antonio Espejo (2005: 87-89), vistas sus trayectorias de forma global y con cierta perspectiva, a Valle-Inclán y a Blasco, nacidos en 1866 y 1867, respectivamente, les unieron más cosas de las que les separaron: ambos sentían la misma admiración por Italia y por la cultura clásica; se sintieron muy atraídos por América Latina y visitaron aquel continente en diferentes ocasiones (Valle-Inclán hizo numerosas estancias allí y Blasco no sólo visitó Buenos Aires, sino que incluso llegó a fundar dos colonias en la Patagonia); se declararon antimilitaristas, ya a finales del siglo XIX

y, cuando estalló la Gran Guerra, los dos se pusieron ideológicamente de parte del bando aliado; por último, ambos se posicionaron en contra de la dictadura de Primo de Rivera, participando de la oposición intelectual antifascista, en el caso del primero, y actuando en contra de la Monarquía y en favor de la República desde su exilio en París, en el caso del segundo. En este sentido, no había ninguna razón objetiva que hiciese pensar en un futuro enfrentamiento. De hecho, durante esos años de mayor presencia de Blasco en la capital, a los que ya me he referido, éste acudió –junto con Azorín y Galdós, que también estuvieron presentes– a un banquete en honor de Valle-Inclán que se celebró en el Café Inglés de Madrid, en 1904, con motivo de la publicación de su novela *Flor de santidad*. En ese mismo banquete, tanto Valle-Inclán como Blasco participaron en una entrevista conjunta que el escritor argentino José León Pagano les hizo a ambos, en un tono cordial y bastante distendido, hasta el punto de que Blasco llegó incluso a invitar a Valle-Inclán a que escribiese una serie de artículos –que jamás se materializó– sobre el idioma castellano para el periódico republicano *El Pueblo*, que él mismo dirigía. En definitiva, una relación que, sin llegar a ser íntima, ni de trato cercano, sí evidenciaba un respeto intelectual y personal que, por desgracia, no se mantuvo durante mucho tiempo, al menos por parte del escritor gallego.

El inicio del conflicto, como ha señalado Espejo, debe situarse en 1910, cuando Valle-Inclán, que se encontraba de estancia en Argentina, envió una carta a Azorín en la que se quejaba del mal trato que había recibido por parte de la colonia española en Buenos Aires y atribuía ese comportamiento, entre otras cosas, a la impresión que Blasco había dejado tras su paso por aquel país: «Para estos ataques hay otras razones: mi significación tradicionalista y el fracaso de Blasco, que habiendo venido jaleado por ellos, tuvo peor acogida por el elemento intelectual, y finalmente que no los quise por intermediarios en el negocio de las conferencias, ni darles un tanto por cien como pretendían» (1989: 503). Tras este primer reproche, realizado en privado, Valle-Inclán siguió lanzando nuevas críticas, ya abiertamente en público, a la obra de un Blasco al que consideraba un imitador de los novelistas franceses y a quien acusaba, conforme al argumento más común en los ataques al escritor valenciano, de sacrificar la calidad de su obra en beneficio de la rentabilidad económica. El único reconocimiento, si se le puede llamar así, que el autor de *Luces de bohemia* tuvo para con él, fue el hecho de admitir, en su respuesta a una encuesta de 1927, que –al igual que se podía decir de él mismo– Blasco era un autor cuya rebeldía natural le alejaba completamente de la ortodoxia y el academicismo, cosa que el gallego sí consideraba como un mérito: «Hay un tipo de escritor que nunca será académico: Unamuno, Baroja, Blasco Ibáñez; yo desde luego... Este tipo de escritor no será aca



démico, en primer término, porque no lo busca. Luego porque la Academia, con su espíritu, con sus normas, con su vida quieta, ata, apaga en el escritor lo que en él haya de independencia, de rebeldía, de libertad» (1995: 339).

No obstante este moderado elogio, todavía quedaba por llegar el último ataque de Valle-Inclán a Blasco Ibáñez, que fue también el más duro, no tanto por su contenido, que no revelaba ninguna sorpresa, sino por el momento en que se produjo: a las pocas horas de la muerte del escritor valenciano, y por lo poco elegantes que fueron sus palabras. El desagradable episodio, que ya fue reconstruido en su día por J.-M. Lavaud (1974), arranca con el fallecimiento de Blasco el 28 de enero de 1928 en Fontana Rosa, su mansión de Menton, en la costa azul francesa. Un día antes de confirmarse el óbito, cuando llegaron a España las primeras noticias sobre el delicadísimo estado de salud por el que atravesaba Blasco, el periódico *Informaciones* realizó una encuesta en la que, bajo el título «Opiniones de varias personalidades sobre el maestro», se pidió a varios escritores una breve valoración sobre la obra blasquista. Valle-Inclán respondió a dicho cuestionario afirmando que ni había leído nunca a Blasco ni se creía la noticia de su muerte, que él interpretaba como un «reclamo» propagandístico más de los que, según él, tan bien se le daban al valenciano. Palabras que, si bien pueden considerarse sinceras, resultaban claramente imprudentes y, sobre todo, muy poco elegantes para referirse a una persona que ya agonizaba. □

La amistad entre Joaquín Sorolla y Vicente Blasco Ibáñez: dos genios valencianos que conquistaron el mundo

El Valenciano. 9 de abril de 2023

Joaquín Sorolla y Vicente Blasco Ibáñez son dos de las figuras más emblemáticas de la València de finales del siglo XIX y principios del XX. Ambos fueron creadores que alcanzaron un gran éxito en su tiempo y han dejado una huella imborrable en la historia del arte y la literatura española.

Blasco Ibáñez fue un novelista, periodista, político y agitador social que triunfó en todo el mundo con sus obras, adquiriendo una fama y fortuna que generó envidia en la generación del 98. Su estilo naturalista le permitió describir la miseria de las clases sociales bajas, el abuso de los poderosos, la convulsión de una España en declive, la religiosidad paralizante, y creó una corriente política, el «blasquismo», cuyas secuelas aún perduran en nuestro tiempo.

Por su parte, Sorolla fue un maestro del impresionismo y el luminismo que capturó mejor que ningún otro pintor de su tiempo el efecto de la luz en el mar, en los rostros, en los cuerpos, en los objetos, de una València sometida a los temores de tiempos oscuros. Sus obras son de las más cotizadas internacionalmente y es considerado uno de los grandes maestros de la pintura española.

A pesar de sus diferencias en personalidad y moral privada, Blasco Ibáñez y Sorolla mantuvieron una amistad que se prolongó a lo largo de su vida, y que fue el reflejo de la complicidad y el respeto mutuo que se profesaban. En las pocas misivas que se han conservado de su correspondencia se puede confirmar la admiración que se declaraban mutuamente.

Aunque hubo un cierto deterioro de la amistad hacia el final de la primera década del siglo XX, cuando ambos triunfaban en EE.UU., la admiración y el respeto se mantuvo hasta el final de sus vidas. Tras la muerte de Sorolla, Blasco Ibáñez escribió sobre su amigo en una de sus novelas, y la redacción del periódico que él mismo fundó, *El Pueblo*, protagonizó un enfrentamiento con las autoridades valencianas por el protocolo a seguir en el funeral de Sorolla.



El tiempo y la memoria han sido más justos con Sorolla que con Blasco Ibáñez. Aunque ambos formaron parte de una misma ciudad, de un mismo tiempo, y ambos lograron un éxito sin precedentes en otros creadores, la obra de Sorolla es cada vez más valorada mientras que la de Blasco Ibáñez ha envejecido mal, a excepción de sus obras de temática valenciana como *La Barraca* o *Cañas y barro*.

En definitiva, la amistad entre Joaquín Sorolla y Vicente Blasco Ibáñez es un ejemplo de la complicidad y el respeto que se pueden tener dos grandes creadores que, aunque diferentes en personalidad y moral privada, compartían una pasión por su arte y un amor por su ciudad y su tiempo. Ambos alcanzaron la inmortalidad en una València que iniciaba un nuevo siglo. □

LA MUERTE DE ZOLA

Vicente Blasco Ibáñez. *El Pueblo*, 1-10-1902; *El Motín*, 4-10-1902; *La Unión Republicana*, 8-10-1902)

Trabajaba a media tarde en la novela que llevo entre manos, cuando mi mujer entró en el estudio, cuyas ventanas se abren sobre el mar. Minutos antes había sonado el timbre del teléfono.

—Tengo que darte una mala noticia —dijo con una emoción que en vano trataba de ocultar—: Zola ha muerto...

—¡Qué Zola! —exclamé yo, con el idiotismo de la sorpresa. ¡Como si en el mundo existiesen muchos Zola!

—Zola, el novelista. Me pareció que el sol se obscurecía, que el mar, tan agitado, quedaba mudo, rodando sus escalones de olas en un silencio fúnebre, que el invierno caía de golpe sobre la naturaleza: un invierno de muerte con el ambiente gris y el frío intenso de la tumba.

¡Zola había muerto!... Y bien, ¿qué tenía el suceso de extraordinario? ¿No era un hombre como todos, sujeto a la dura igualdad de la muerte?... Pero la admiración no se resigna sin protesta. Por algo llaman inmortales a los grandes artistas. Tan sobrehumanos aparecen ante nosotros por la fuerza de su genio, que cuando mueren como cualquier otro mortal, experimentamos inmensa extrañeza, como si se trastornasen las leyes de la vida, como si el sol saliera a media noche y brillasen a mediodía las estrellas.

¡Zola muerto!... Mis hijos, que participan de todas las adoraciones de su padre, estaban consternados como si les hubieran participado la muerte de su abuelo. Acostumbrados desde la cuna a ver a todas horas los diversos retratos del gran artista esparcidos por la casa, lo consideraban como de la familia. Aún no saben leer y hace tiempo que tenían el mismo deseo.

—Papá, cuando nos lleves a París iremos a ver a Zola.

—No, hijos míos; ya no le veréis. No podréis besar la mano de aquel que al mismo tiempo que un gran artista, fue un hombre honrado; no conoceréis de cerca al delicado espíritu, amante de la vida del hogar, sencillo en plena gloria, adorador de los niños, que le inspiraron las mejores páginas de sus novelas, y eternamente triste por la carencia de hijos, hasta el punto de dedicar su cariño a esas dos pobres bestias, que en el silencio de una habitación cerrada, presenciaron su agonía y su muerte.



Y mis hijos, con una de esas inspiraciones sencillas que hacen adorable a la niñez, recorrieron los campos inmediatos a la casa, hicieron una corona de malvarrosas y claveles tardíos, y la colocaron sobre un pequeño retrato de Zola (tal vez el último) que Soriano me trajo ha poco de Ginebra. Muchos llorarán a estas horas en Francia y en toda Europa, la muerte del novelista; suntuosos serán sus funerales, pero dudo que ninguna manifestación de dolor sea tan espontánea como la de una madre tres pequeñuelos, que en una playa olvidada del Mediterráneo cubrieron de flores el retrato del gran artista, mientras el mar rugía a pocos pasos en la soledad de la tarde.

—Diga usted algo de Zola —me demandan los amigos—. Escriba un buen artículo.

¡Qué he de decir!... Francia sufrió anteayer un golpe más grande que si hubiera perdido una batalla; la humanidad está de luto, y tú, lector, y yo, y todos, debemos recibir el pésame, porque se nos ha muerto uno de la familia.

Amamos a nuestros parientes porque comparten con nosotros alegrías y tristezas; porque son algo de nuestra propia existencia, ¿y qué pariente más íntimo que el artista que ha dominado nuestro pensamiento durante veinte años, que ha guiado nuestras ideas y nos ha dado toda la médula de su talento generosamente, a cambio de un poco de admiración?

¡Muerto Zola!... Tras la instintiva protesta, el ánimo todavía se resignaba ante una muerte natural. Un aneurisma, un golpe de sangre, cualquier desarreglo de la máquina humana, nos haría tolerar la gran desgracia. Al fin, de algo hemos de morir, cuando el mecanismo vital se decide a cesar en su funcionamiento. Pero llamarse Zola, llenar con el nombre el mundo, sentirse fuerte y con ánimos para escribir ocho o diez libros más; acostarse tranquilo, después de bromear en la mesa con la esposa, pensando en lo que se escribiría al día siguiente, y morir de una manera violenta, en plena salud, porque ajusta mal el tubo de una chimenea y todavía no se han hecho en la casa las reparaciones de una instalación reciente, es un sarcasmo de la casualidad tan lúgubre, tan tétrico, que hace reír con la carcajada desgarradora de los locos.

Siento que no exista la Providencia que todo lo regula y todo lo prevé, porque si ese poder superior fuese cierto, ante el triste fin de Zola, víctima en plena madurez de su genio de un descuido de criados, tendría el gusto de hacer sobre ella, como manifestación de mi desprecio, algo que recordase la palabra de Cambronne en Waterloo.

¡Morir de repente, de modo antinatural, cuando no se ha terminado la obra de la vida, cuando aún se tiene en el pensamiento el embrión de nuevas obras y salud en el cuerpo para producirlas! El gran maestro ha caído en el penúltimo escalón de su gloria. Aún le faltaba escribir un nuevo libro, *Justicia*, y terminando con esta novela su inmensa obra, pensaba descansar, cuidando su vejez con el firme propósito de no tomar la pluma más que en defensa de los pueblos oprimidos.

—Me retiraré —decía la primera y última vez que le vi—, me retiraré como uno de esos tenderos que, tras una vida de trabajo, venden el establecimiento y se van al campo. Creo que después de setenta libros, tengo derecho a descansar.

Y agitaba, al decir esto nerviosamente su mano poderosa que creó un mundo, una mano blanda y suavemente fría de viejo escritor, que anoche estuve viendo en sueños crispada por la muerte.

—Escriba usted —repiten los amigos—. Diga algo sobre Zola.

¡Escribir! Ahí están sus obras; los libros que hablan de su vida. Ellos lo dicen todo.

¿Yo qué puedo decir?... Que estoy triste y todo lo veo negro. □

